

Crónica Literaria

Por ALONE

"Hijo de Ladrón" por Manuel Rojas (Quimantú).— Empezamos a releer con lentitud esta novela cuya aparición saludamos y hasta defendimos, hace ya mucho tiempo, y que desde entonces ha seguido su camino hacia la cumbre de la celebridad, prolongada no sólo en Chile sino en el extranjero por innumerables ediciones y varios idiomas.

Dos sorpresas, sin embargo, nos aguardan a la entrada, dos "pequeños detalles" significativos.

Una breve nota inicial que dice: primera edición, 1972... ¿Cómo? ¿Se debe a lo que otra nota, al final, consigna, de que se han tirado cincuenta mil ejemplares? ¿O que pertenece a una nueva era? No serían razones. Las había, en cambio, para enumerar, en bien de su prestigio, las que ha obtenido, un dato útil ciertamente para su bibliografía.

Pasemos.

La otra sorpresa pertenece aun orden personal.

Nada o casi nada en el pausado relato nos permitía justificar el interés que el recuerdo de la primera lectura evocaba. Una prosa gris, un acento opaco, cierta uniformidad pareja iban poco a poco desanimándonos y hasta inspirarnos la sospecha de que alguna sugestión hubiera intervenido, con sus incógnitas para despertar aquel entusiasmo. Las omnipotentes circunstancias pueden tanto, el mundo de los placeres literarios dista de constituir una tierra segura. La letra, sin duda, permanece; pero ¿el espíritu, el halo, la magia? En tal esfera conviene estar dispuesto a todo.

Esto duró hasta la página 16.

Ahí, de pronto, como el golpe de una varilla, la antigua vibración reaparece, empiezan a iluminarse las chispas del camino, resucitando un pretérito estado de ánimo y su virtud estimulante.

Eran, nuncios preciosos, los detalles.

Todas las novelas se parecen por el fondo, todas relatan la misma historia con ligeras variantes: gentes que amaron, lucharon, sufrieron y vivieron, girando dentro de un círculo igual. Para diferenciar las unas de las otras, apartando las malas de las buenas, las que nos aburren y matan de las que nos deleitan y hacen vivir, he aquí que los detalles se adelantan, visibles, palpables, expresivos y vivaces, como las líneas de un rostro.

Leamos:

"... apareció ante ella y como surgió mágicamente un ser que, más que andar, parecía deslizarse y, más que cruzar los umbrales de las puertas, parecía pasar a través de ellas. Por medio de unas palabras portuguesas y otras españolas, musitadas por el individuo, supo mi madre que su marido la llamaba. Sorprendida y dejándose llevar por la sombra, que se hacía más deslizante cuando pasaba cerca de un polizonte, llegó ante un sombrío edificio, y allí la sombra, que por su color y su aspecto, parecía nacida tras aquellos muros, dijo estirando un largo dedo:

—Pregunte Ud. allí por O. Gallego.

—¿Quién es O. Gallego?—preguntó mi madre asombrada.

—O seu marido—susurró el caso imponderable individuo, asombrado también. Y desapareció..."

Respiramos.

Helo aquí, por fin, al buen narrador, al buen prosista, al hombre hábil que conoce su oficio, al artista dotado de una sensibilidad experta, observador agudo, fino, irónico, que ya no confundiremos con los demás y cuya compañía nos promete horas felices. La vaga historia se coloreaba de gracia, de malicia, aclarábanse muchas imperceptibles alusiones del comienzo y sus luces avanzaban una promesa de buen porvenir.

Nos volvió el alma al cuerpo.

Porque los autores ignoran que el primer derrotado cuando una obra aburre no es el que provoca el aburrimiento, sino el otro, el lector. Digamos, el crítico. ¿Qué más querría éste que vivir en un continuo encantamiento con su compañía, logrando lo que ansiosamente buscan todos, en la vida como en los libros?

Bendigamos, pues, y saboreemos "los pequeños detalles". Son la sal y pimienta, el tónico y el cordial del caminante, lo que lo anima y logra sostenerlo con el ánimo reconfortado.

La escena de la sombra conductora que lleva a la esposa del Ladrón hasta la cárcel tiene una contrapartida simétrica, acaso un poco demasiado simétrica; pero que surte efecto por su misma sencillez.

Un nuevo mensajero llama. Tanto come el anterior, enviado por "o seu marido", iba en cierto modo diluyéndose en el aire, próximo a desencarnar, éste "parecía recién hecho, recién hecho su rosado cutis, su bigote rubio, sus ojos azules, sus ropas, sus zapatos. "Me llamo Nicolás"—dijo con una voz que sonaba como si fuera usada por primera vez..." Deslumbramiento de la señora: su apostura, su limpieza, su suavidad, su desprendimiento, lo convirtieron a sus ojos en una especie de arcángel. Años después, cuando "o seu marido" ya libre y trabajando honradamente, le comunicó que Nicolás necesitaba su ayuda, ella, con una voz que indicaba que iría a cualquier parte, preguntó:

—¿Dónde está?, supo que el arcángel no estaba lejos... "mi padre, dejando sobre la mesa el molde de cera sobre el que trabajaba, contestó echando una bocanada de humo por entre su bigotazo ya entrecano: En la Penitenciaría. ¿Te acuerdas de aquellos billetes que regalaba en Brasil? Veinticinco años a Ushuaia", mi madre me llevó con ella. Allí estaba Nicolás, recién hecho, recién hecho su rosado cutis, sus ojos azules, su gorra y su uniforme de penado; hasta el número que lo distinguía parecía recién impreso sobre la recia mezcla."

Ciertamente que ni "los pequeños detalles" ni los hallazgos de expresión ni la ruptura de las asociaciones convencionales y de las frases o imágenes hechas, ni siquiera las observaciones particularmente agudas bastan para formar una gran novela. Se necesita más, mucho más. Se requiere la visión de conjunto y un alma organizadora que oriente esas moléculas con los lazos de un sentimiento vigoroso y un saber cabal.

Pero, indiscutiblemente, son ellos, esos leves toques luminosos, los que van creando la atmósfera y el cuerpo de la obra.

Los dos cuadros reproducidos lo comprueban.

Ellos nos abren la puerta que accede al mundo misterioso de los ladrones, y nos pone en contacto íntimo con su actividad secreta, revelándonos las señales de que se sirve su cofradía para desafiar a los poderes y contravenir el orden.

El acierto de "Hijo de Ladrón" en esa empresa inmemorialmente seductora consiste en una especie de impasibilidad exterior que la dignifica. No hay insinuaciones ofensivas ni defensivas. La palpitación va por dentro y aumenta su eficacia. Los actos suceden a los actos, las personas pasan como inconscientes, afirmadas en los detalles puntuales, seguros, concretos y sagaces. Suelen desplegarse paréntesis de una poesía melancólica, abstracta, sumergidos en la intimidad profunda. Seducido y consternado, el lector va a través de sus páginas como en un viaje a regiones desconocidas; se siente explorador de selvas remotas; sólo que esas regiones son las que él mismo habita y esos peligros selváticos son los que cruza diariamente en la calle, entran en las casas, puebla la ciudad. No pide la complicidad del lector. Diríase que no duda de ella y la moral, la vieja moral de los escrúpulos, temores y castigos, queda a una distancia que apenas se divisa. El terreno minado ofrece todas las apariencias del pavimento diario.

Un ligero alojamiento de los resortes que maneja la autoridad superior, una mirada de indiferencia de la fuerza armada, y los estallidos se producen, la seguridad revienta con el caos amenazador.

Nada de eso impide el sueño ni perturba las conversaciones.

Se trata de una novela. ¿Quién se preocupa y toma en serio historias fingidas, sucesos imaginarios?.

Así el ayer se enlaza al hoy y la auténtica obra de arte se renueva desde sus entrañas.

63
v 124
3
50
83
83
108
108
109